

AL OTRO LADO DEL TELON

Cuando llego al escenario del María Guerrero, encuentro un movimiento desusado de extraños personajes: soldados, campesinos, mendigos, vendedores y sirvientes. Gente de varia condición del pueblo ruso. Se estrena "El círculo de tiza caucásiana", de Bertolt Brecht.

El autor de la versión, Pedro Lain Entralgo, está en el despacho de José Luis Alonso, que no tiene despacho. Sólo un tresillo y varias sillas ocupan la amplia estancia. Sobre una silla, los decorados de Burman. Sobre el resto de los asientos veo a José Luis Alonso, el director; al príncipe Enrique de Starhemberg, que actúa en el montaje como asistente invitado; el actor José Bódalo —el juez Azdak en la obra—; José María Prada —que no tiene papel en esta función—, y el fotógrafo Gyenes, con su máquina al hombro.

—La obra es como una gestación —dice José Luis—. Veremos si luego se parece al padre o a la madre.

El director va al escenario. Da sus últimas instrucciones. Inmediatamente vuelve al despacho.

Se alza el telón. María Fernanda d'Ocón —Grusha, la protagonista— entra en escena.

—Hay butacas sin ocupar —dice Cesáreo Estébanez, el lechero.

—Y a los actores nos han faltado entradas —dice Gabriel Llopert, que incorpora a Arkadi, el cantor-narrador.

—Son de las distribuidas —apunta alguien.

—Muchos no han regresado de las vacaciones de Semana Santa —dice Bódalo.

—Por supuesto —afirma Lain—. Hoy, domingo, ha vuelto el proletariado. Mañana regresarán los jefes de negociado, y a partir del

martes es posible que lo hagan los grandes jefes.

Al parecer, Mario Antolín, que no quiere huecos, va a dejar pasar a cuantos hay en la calle esperando entrada.

El actor José Segura llega hasta José Luis Alonso para que le marque su puesto en el saludo final.

—¿Qué rito es este? —pregunta Lain Entralgo.

José Bódalo, se queja:

—Salir solo en la segunda parte, es cómodo para los próximos días; pero fatal para la noche del estreno. Estoy que no aguanto los nervios.

José Luis Alonso da unos tijeretazos sobre el bajo de la camisa que viste Bódalo, primer actor del María Guerrero.

—¡Habría tantos detalles que mejorar! —exclama José Luis—, después de cuatro meses de ensayo, creo.

Alguien recuerda los montajes, a la española, en cuatro días.

—Sí —comenta José Luis— y, después del estreno, dicen: "¿Ves cómo no ha pasado nada?" Naturalmente, es verdad que no matan a nadie.

José Luis va hacia el escenario, y luego desaparece como por arte de encantamiento. Mientras, en escena, María Fernanda, la campesina Grusha, huye de los coraceros hacia las montañas del norte. En su peregrinar interpreta una canción, con música de Paul Dassau.

—El éxito no acumula favores ni ventajas —afirma Bódalo—. Tienes que examinarte a diario. Yo lo hago desde los ocho años. Seis de bachillerato más la primaria, tres cursos de Medicina acabados y el cuarto abandonado a medio.

El actor toma asiento en un escalón que lleva a los camarines. Respira hondo, bosteza, y continúa:

—Debería ser como en París, donde la crítica va a los cinco días de representarse la obra. Aquí, algunos críticos, vienen, incluso, a los ensayos generales.

Pedro Lain pregunta por el director. Nadie da "norte" de su paradero.

—Estará tomando tilla en cualquier bar —dice Luis Zorita, el coracero que canta.

—En los estrenos desaparecen todos —añade Bódalo—

lo—: el autor, el director, el empresario y, a veces, hasta el público. Los actores somos los únicos que no podemos marcharnos, ¡y no por falta de ganas!

—A propósito —interviene Arturo López Laurente en la obra—, no se escucha a los espectadores.

—Pues si no se han ido, atentos están —dice Bódalo.

—¡Qué extraño! ¡Ni se les oye toser! —apunta Enrique Navarro, que está vestido de campesino.

Con el descanso llegan los primeros aplausos. Y Guillermo Marín, que viene del público.

—¡Qué maravilla! —dice, acercándose a María Fernanda d'Ocón.

Detrás, José María Caffarel, que es otro estrenista.

—No sabía que eras la Tebaldi —dice a la actriz.

—Pues acabé la carrera de canto hace tres años —dice María Fernanda—. Y no vocalizo desde hace doce.

Félix Defauce —en el primer acto el gobernador al que cortan la cabeza— se ha quitado la caracterización.

—En el segundo acto hago de abogado primero —dice.

—¡Pues como te he visto sin cabeza, pensaba que habías terminado! —dice Caffarel—. Pero veo que haces doblete.

Mario Antolín llega hasta su mujer.

—Te traigo la felicitación del director general —dice.

Y María Fernanda le da un beso, agradecida.

La obra continúa. José Bódalo entra en escena, para no abandonarla hasta el final.

Luis Zorita, con su coraza que pesa diez kilos, sudá.

—Nos ahorramos la sauna —dice—. Este es un buen plan de adelgazamiento que deberían seguir las actrices gordas.

Lain Entralgo se sienta en un camastro del escenario, pendiente de la acción.

—Como no soy el actor, estoy tranquilo —dice.

Matilde Fluxá y Juan Miguel Ruiz, los ayudantes, sacan y entran a escena los practicables con ritmo casi de danza.

Enrique Navarro viene de su cuarto vestido de Pope.

—Voy a casar a Grusha —dice.

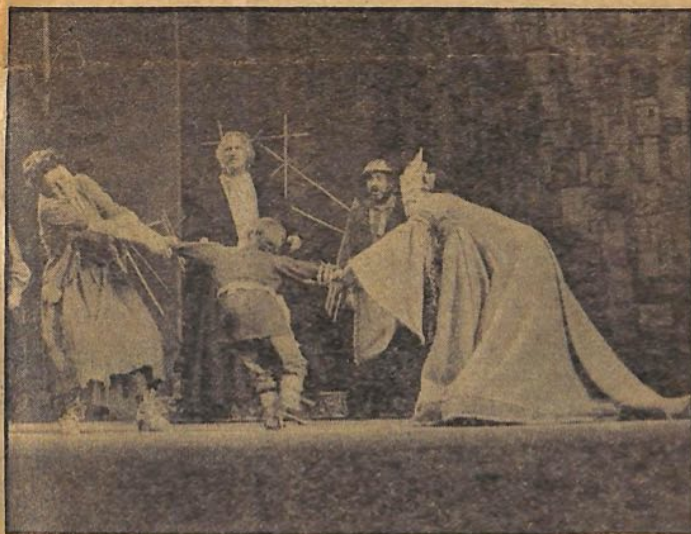
José Luis Alonso viene de la calle. Va al escenario cuando la obra está en el desenlace. Escucha las buenas noticias que todos le dan de cómo ha sido la marcha del estreno. Pero el mantiene perdida la mirada en el decorado de Burman.

—La representación es divertida —afirma Llopert— y trascendente, lo que quieras.

Cuando cae el telón y comienzan los aplausos, abandono el escenario. Encuentro a Caffarel en el público.

—La obra me reconcilia con Brecht —dice.

Salvador VINICIO
EL ALCAZAR



Una escena de "El círculo de tiza caucásiana", de Bertolt Brecht, estrenada anoche en el María Guerrero. (Foto Lupe Marín.)